

Una chispa para la oración

Salmo 103

El Salmo 103 es un himno de alabanza a Dios, una exhortación a bendecir al Señor por su infinita bondad, misericordia y perdón.

Bendice al Señor, alma mía,
que todo mi ser bendiga a su santo Nombre;
bendice al Señor, alma mía,
y nunca olvides sus beneficios.

El perdona todas tus culpas
y cura todas tus dolencias;
rescata tu vida del sepulcro,
te corona de amor y de ternura;
él colma tu vida de bienes,
y tu juventud se renueva como el águila.

El Señor hace obras de justicia
y otorga el derecho a los oprimidos;
él mostró sus caminos a Moisés
y sus proezas al pueblo de Israel.

El Señor es bondadoso y compasivo,
lento para enojarse y de gran misericordia;
no acusa de manera inapelable
ni guarda rencor eternamente;
no nos trata según nuestros pecados
ni nos paga conforme a nuestras culpas.

Cuanto se alza el cielo sobre la tierra,
así de inmenso es su amor por os que lo temen;
cuanto dista el oriente del occidente,
así aparta de nosotros nuestros pecados.

Como un padre cariñoso con sus hijos,
así es cariñoso el Señor con sus fieles;
él conoce de qué estamos hechos,
sabe muy bien que no somos más que polvo.

Oración

OH, Dios, en cuyo ordenamiento tiene la familia su sólida base, atiende compasivo las súplicas de tus siervos, y haz que, siguiendo los ejemplos de la Sagrada Familia de tu Unigénito en las virtudes domésticas y en la práctica del amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo. Por nuestro Señor Jesucristo.
Misa por la familia



La ternura de una madre

con Redenta Olivieri



Editado por

Sr. Deuzilene Ferreira, Sr. Anna Vanzin, Sr. Agnieszka Zdeb, Sr. Afi Kotobissa,
Sr. Kasia Kloc, Sr. Jeannette Wiyao, Sr. Christine Ogoulou, Sr. Leen Halasah,
Hermanas Doroteas Hijas de los Sagrados Corazones, Vicenza.

Permíteme presentarme: ¡soy Redenta Olivieri!

Vicenza, 4 de julio de 1779 – Treviso, 13 de enero de 1857

Los bordados de Dios son perfectos, tanto por el derecho como por el revés.

Mi infancia no fue sencilla. A los siete años, tras la muerte de mi padre, mi madre me confió al cuidado del Soccorsotto, un internado para niñas y jóvenes en nuestra ciudad, Vicenza. Allí crecí, recibí una buena educación y aprendí a coser y bordar, a rezar y a educar. Dejar a mi familia fue para mí una herida... y ese dolor forjó en mí una sensibilidad particular. Tal vez por eso, siendo aún joven, me confiaron a las niñas más pequeñas, para quienes fui no solo maestra de costura y bordado, sino también una madre, entregándoles mi cuidado, mi afecto y mi ternura.

En el Soccorsotto también conocí al padre Angelico. Era el director, pero pronto se convirtió para mí en un padre. De él recibí los dones más hermosos de mi juventud: el afecto paterno, el ejemplo de una fe sencilla pero fuerte, y la custodia de la gran herencia de mi familia. De hecho, cuando mi madre ya no pudo encargarse de los bienes dejados por su esposo, pidió al padre Angelico que fuera nuestro administrador. Su precisión, así como su rectitud, fueron para mí una verdadera escuela de vida. Era como una aguja en la mano de Dios que tejía su obra... Fue el padre Angelico quien me hizo conocer a don Antonio Farina en la parroquia de San Pedro, y él me confió de inmediato el cuidado de las niñas de la Pía Obra de Santa Dorotea. Con don Giovanni Antonio surgió pronto una profunda sintonía, un vínculo que nos marcó para siempre. Dada la diferencia de edad, me convertí para él en una hermana mayor en quien encontrar confianza y apoyo. Para mí, él era un hermano, pero también un sacerdote, una guía a quien confiar mi fe. Cuando en 1831 reabrió la nueva Escuela de la Caridad, me confió la dirección de los trabajos de las niñas y, tras la muerte del padre Angelico, también la gestión económica de toda la escuela, que se había trasladado junto a mi casa en la calle San Domenico. Los primeros años fueron bastante serenos, y cuando la vida nos hizo atravesar pruebas difíciles, el Señor nos condujo hacia algo grande, hasta entonces inimaginable. En noviembre de 1835 llegó a Vicenza el flagelo del cólera y, algunos meses después, el río Bacchiglione se desbordó varias veces, inundando nuestro barrio. Aquellas situaciones devastadoras se convirtieron en una oportunidad para dedicarnos aún más a nuestras niñas. Al no poder enviarlas a sus casas, abrimos las puertas de nuestro hogar, ofreciéndoles comida, un lugar donde dormir y ropa limpia. Fue costoso para nuestros escasos recursos, pero lo hicimos de corazón, confiando en la divina Providencia. Poco después, cuando una de nuestras colaboradoras comenzó a crear obstáculos anteponiendo sus intereses personales a los de las niñas, el Señor nos hizo comprender una verdad esencial: solo maestras "llamadas por vocación" y consagradas a Él por amor serían capaces de dedicarse completamente a la gran misión de educar a las jóvenes.



«No dudéis que todas estáis en mi corazón más de lo que creéis... recordad que os amo como una verdadera madre.

Redenta Olivieri, en una carta a una religiosa

(A. I. Bassani, Una donna un istituto una città. Redenta Olivieri e le dorotee di Vicenza, p. 263)



Una “sensibilidad femenina” ayer... ...y hoy.

La Iglesia reconoce el aporte indispensable de la mujer en la sociedad, con una sensibilidad, una intuición y ciertas capacidades propias que suelen ser más características de las mujeres que de los hombres. Por ejemplo, la especial atención femenina hacia los demás, que se expresa de manera particular —aunque no exclusiva— en la maternidad.

Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 103

**Como Redenta, también nosotros cuidamos de quienes están cerca de nosotros...
...¡y expresamos nuestra ternura!**

Preguntas que invitan a la reflexión



- ¿Cuándo y dónde puedo manifestar mi ternura?
- Repaso los acontecimientos de mi vida y me pregunto: ¿cuál es el “hilo rojo” que el Señor ha trazado en ella?

Un gesto concreto para hoy

- Ofreceré una sonrisa a quienes encuentre.
- Trataré de escuchar con paciencia a quienes me hablan.

Para obtener más información sobre nuestra historia, visite nuestro sitio web sdvi.org.



A través de aquella circunstancia, en apariencia negativa, Dios nos estaba enviando una nueva llamada. Don Giovanni Antonio sintió con fuerza esa voz y, confiando en Él, dio vida al Instituto de las Hermanas Maestras de Santa Dorotea, Hijas de los Sagrados Corazones. Fue el 11 de noviembre de 1836 cuando yo y otras dos jóvenes maestras comenzamos a dar los primeros pasos de esta maravillosa obra divina, en la que fui una madre tierna, una guía suave y fuerte para muchas niñas y hermanas. Aquel “sí” fue solo el inicio de un hilo en el bordado más hermoso de mi vida: el de la caridad, destinado a extenderse lejos, mucho más lejos de lo que yo podía ver... Pero sabía que estaba en buenas manos, porque me había confiado a Dios, que teje sus maravillosos bordados “tanto por el derecho como por el revés”, convirtiéndolos en obras maestras de belleza.